

Un mensaje de paz de Alfonso Vallejo

Magda Ruggeri Marchetti

VALLEJO, Alfonso, *El escuchador de hielo* [prólogo de Francisco Gutiérrez Carbajo], Col. Damos la Palabra, 40, Editorial Asociación de Autores de Teatro, Madrid, 2008, 109 pp.

Ya en múltiples ocasiones hemos escrito sobre este autor y su polifacética producción. Conocido dramaturgo, poeta y pintor, sus piezas han sido publicadas y representadas en diferentes países europeos y americanos. Aquí nos ceñiremos a su último drama, que enlaza con sus anteriores obras tanto por la indagación del alma de los distintos personajes, como por el engarce con la realidad. Como en el caso de *¿Culpable?* y de varios poemas, esta obra nace de un acontecimiento de crónica, que seguramente ha impresionado a nuestro autor. Están presentes en la memoria colectiva las escenas de la prisión de Abu Ghraib en Irak y aquella imagen de gran impacto que mostraba a hombres amasados desnudos bajo la amenaza y el escarnio de una joven militar estadounidense con un perro verosímelmente adiestrado para estas tareas. Sin duda Alfonso Vallejo, siempre comprometido moralmente contra la guerra y las armas nucleares (*Hiroshima-Sevilla*, *Jasmin*, *Al final por fin la paz*, etc.), recibió una fuerte impresión y no se resis-

tió a plasmarla en lenguaje teatral, para él el mejor medio para la indagación de la realidad. Surgió así el monólogo «Patty» en el que una atractiva sargento acosa a un detenido estimulándolo eróticamente para después entregarlo a los perros.

Apoyándose en su experiencia de neurólogo, para profundizar en la mente de los protagonistas de la crónica, escribe después la obra que nos ocupa, donde estudia tanto la reacción psíquica de la víctima como sobre todo la de la torturadora, contra quien, como el doctor Valmy de Antonio Buero Vallejo, se vuelven también las consecuencias de las vejaciones practicadas. En efecto, los demás perciben en ella «algo muy extraño por dentro, como una especie de angustia o de miedo» que llevará «en la conciencia», un «remordimiento» que le «está royendo el alma» y observan que le «sigue obsesionando el asunto de los presos y los perros». Ella misma cuenta que, después de haber practicado la tortura, perdió «la conciencia» y cayó al suelo, pero sobre todo afirma «Tuve asco de mí y



■ L'estiu de 2008, al *Solstice Parade* de la Fira de Fremont, a Seattle [Washington], un grup de manifestants van representar Crist portant la creu, com en una de les fotografies de la presó d'Abu Ghraib (Iraq), on els mostraven els maltractaments rebuts pels reclusos iraquians per part de soldats dels EUA, tal com Alfonso Vallejo reflecteix en el seu nou llibre *El escuchador de hielo*.
(Joe Mabel.)

vergüenza de estar viva» y confiesa que el hecho le «sigue repugnando». Querría que «no existiera la memoria». Por eso es tan buena actriz interpretando a María Estuardo, porque también se siente perseguida y acosada por la muerte.

Esta obra adopta el siempre eficaz expediente del teatro dentro del teatro, pero las escenas históricas que interpretan las dos protagonistas se entremezclan con las de la vida de los personajes de manera que es

continuo el juego entre la realidad y la ficción: María interpreta no sólo al personaje de María Estuardo sino también a la actriz en su vida privada y todo ello se evidencia mediante los «aparte», donde las dos actrices revelan al público sus pensamientos, pero no a la contraparte, en una continua alternancia entre la época isabelina y los hechos de la actualidad.

La fuerza de la condena de la guerra y de la máquina militar es tan impactante que

nos recuerda *Escuadra hacia la muerte*, de Alfonso Sastre, aunque Alfonso Vallejo adopta una estética distinta y escribe casi como si se tratase de un juego cargado de erotismo, de pasión y de violencia. Según el autor, la mayoría de los militares escoge esta profesión pensando que es «como otra cualquiera» cuando se necesita el dinero «para subsistir porque otras puertas se te cierran [...] pero entonces ocurren los conflictos armados y la teoría se convierte en realidad [...] Hay que matar. Y si hace falta torturar [...] Sólo existe el mal. Ha muerto la verdad y la razón». Dudley, ex-piloto de cazabombardero, había tomado tanto gusto a su trabajo que le expulsaron del ejército «por excesivo celo». En efecto «en vez de echar una tonelada de bombas al enemigo, echaba dos». También este personaje considera la guerra amoral porque siempre «hay que matar más que el enemigo. Porque si no lo haces así te matan». Las toneladas de bombas van a provocar horror y muerte, pero el militar no está allí «para pensar, sino para apretar el botón y cumplir con su obligación».

Como en otras obras, ya en el elenco de los personajes Alfonso Vallejo presenta a sus protagonistas con algunos rasgos de su personalidad y sus nombres propios tienen un significado simbólico por sus referencias históricas. Aquí toman el nombre del drama de Schiller, *María Estuardo*, y precisamente por ello será más intrigante el desdoblamiento en los pape-

les del personaje histórico y del actor con su vida privada. Pero los nombres propios significativos no se limitan a los personajes, sino que sirven también para describir la ruina de la productora («Producciones Seacabó, Sindineri Producción») y poner en ridículo el mismo teatro («Teatro del Oprobio Regional») y a toda la compañía («Actores Mal Avenidos»), por no hablar del productor que se llama Jack y es un «descendiente del Destripador». Al igual que los protagonistas de numerosos minidramas recogidos bajo el título «Una nueva mujer», María e Isabel son las que toman la iniciativa y conducen el juego amoroso con los hombres. Como Amparo («El matrimonio es un asco»), María, aunque no llegue a romperle la cabeza a su marido, que consigue esconderse, sí «coge un cenicero y se dirige hacia él a toda prisa, con evidente intención de agredirle».

Sin duda el verdadero mensaje de la obra es que a pesar de toda la maldad y las brutalidades de la guerra, cada uno con su individualidad puede cambiar la realidad, como Isabel puede perdonar y trocar en risas la decapitación de la hermana. Mórtimer «un hombre que fue torturado por perros y ha aprendido a perdonar» es el personaje ejemplar, pues considera la violencia «lo peor que un hombre puede hacer». Es él el verdadero portador del mensaje de paz y consigue demostrar que un abrazo es más eficaz que cualquier brutalidad.